

HUMANISMO CULTURAL

Por el académico de Número
Excmo. Sr. D. Carmelo Lisón Tolosana*

A Beatriz Callén Polo

Humano, término usado al menos desde 1200, y humanista que emplea Cervantes son conceptos equívocos, polivalentes, resultado de cambiante pensamiento histórico complejo y ambiguo; sorprendente construcción conceptual incoada por los renacentistas florentinos¹ va adquiriendo carácter en su viaje desde el Renacimiento cambiando de foco pero reteniendo un cierto núcleo básico que recuerda el *mibi quaestio factus sum* agustiniano que realza la mirada del hombre sobre el hombre en cuanto hombre. Hay un humanismo inicial Renacentista que conlleva el nacimiento de la idea del individuo, el humanismo de Luis Vives, el propio de Las Luces que realza los derechos humanos, el de J.H. Winckelmann (1717-1768) y J. W. Goethe que aboga por la reforma del sistema educativo teniendo en cuenta los *studia humanitatis* de los escritores florentinos y que se considera como la carta del nacimiento del mundo moderno por su énfasis en la dignidad y libertad humanas en registro cultural. Kant, James, Sartre, Malraux, Nagel, Heidegger y Althusser y Foucault y Cerezo y Sanmartín engrosan, la lista de pensadores que han aportado novedad reciente y peso a la configuración, entre otros que omito. Mi siguiente breve comunicación se reduce a algo elemental y sencillo: a humanar el concepto desde la cultura. Pero como no se trata de un fenómeno meramente local voy a considerar, no su forma o género en su diversidad de perspectivas, sino el modo cultural general sin las limitaciones propias de la etnografía, prisionera del tiempo y convicta de espacio.

* Sesión del día 25 de noviembre de 2014.

¹ Que no eran conscientes de serlo.

I

El florentino Giovanni Pico della Mirandola (1463-94), exiliado algún tiempo en Francia, compuso en latín una *Oratio* en 1486, obra maestra para muchos porque documenta el nacimiento del Humanismo. Fue su sobrino Gianfrancesco el que la publicó por primera vez en 1557 con el título *De hominis dignitate Oratio*. Vale la pena reproducir un fragmento por el marco de referencia que ofrece. Cuando el arquitecto Dios Padre, nos dice, se decidió a hacer al hombre proclama que lo va a colocar aparte del resto de la creación en virtud de la plasticidad de que lo va a dotar, va a ser el único que goce de libertad para que construya su propia naturaleza. Lo pone en medio del mundo y dice así —traduzco—: “no te he asignado, ¡oh Adán!, ni un lugar fijo, ni una forma o función que sea exclusiva tuya para que según tu desco y según tu juicio puedas tener el lugar, aspecto y prerrogativas que deseas, y lo obtengas y conserves según tu deseo y consejo. La naturaleza de los otros seres viene limitada por las leyes que he determinado. Tú, no sujeto a límites, te organizarás por el contorno impuesto por la naturaleza. Te he puesto en el medio del mundo para que puedas observar todo lo que hay en él. No te he hecho ni celeste ni terreno, ni mortal ni inmortal de forma que con la libertad de elección, como soberano artífice de ti mismo, puedas moldearte a ti mismo en modo, forma y manera que prefieras”. El párrafo termina curiosamente en contrapunto monitorio terriblemente pesimista —cito en latín por la potencia de la frase—: *Poteris in inferiora quae sunt bruta degenerare; poteris in superiora quae sunt divina ex tui animi sententia regenerari*.

No dudo de que la *Oratio* es, en su conjunto, una pieza magistral del *Quattrocento*; Pico nos ofrece un joyero del que podemos obtener perlas como estas: al subrayar que nuestra naturaleza tiene forzosamente que obedecer el tirón de la realidad biológica nos perfila el florentino el *nuovo uomo Universalis*, igual en todas partes, pero en cuanto dota a la vez a esa misma naturaleza de una especial, única y proteica potencialidad adaptativa extrema crea al *uomo* plural cultural. Lo coloca además en el centro del mundo, observando seres y cosas pero al margen y superior a todas, y, maravilla extrema, lo dota de un poder casi divino: de libertad de acción y de la capacidad de elección. Esta aporía humana entre necesidad y libertad, este tirón primordial entre hombre y cosmos, este impulso entre habitar un mundo y trascenderlo es lo que realmente nos hace humanos. ¿Cómo?

El animal viene al mundo ya completo por sus instintos y tendencias, lo que hace que su mundo sea un mundo ya cerrado porque sus posibilidades están programadas y siempre hará lo que su constitución le permite hacer. No así el hombre que es mucho más que genes; su estructura instintiva ni está especializada ni viene dirigida a un medio específico porque puede vivir en el Ártico y en el Ecuador, en fertilidad y desierto. Su mundo es un mundo variable y siempre abierto a novedad, mundo que tiene que ser permanentemente

rectificado, más aun, re-creado por la constante actividad humana. El hombre tiene que cincelar su mundo a golpe de imaginación y al hacerlo elabora cultura y se hace a sí mismo.

Paradójicamente el ser biológicamente débil es su exclusiva prerrogativa cósmica como dice Pico, el origen de su capacidad de acción, la razón de defenderse de su propia biología, de la enfermedad y del medio, de crearse una naturaleza *humana* cambiante, de ir haciéndose hombre históricamente en una palabra. Ya desde el principio somos acción nos dice Goethe. La primera estructura existencial humana es la necesidad de la acción, la actuación, la pura *energeia*, la actividad; por la acción nos completamos, nos hacemos según nuestras propias virtualidades; por la forzosidad radical de tener que hacer nos humanamos; por la acción nos imbricamos con la realidad, con la realidad dada, tal como la encontramos en cada momento y período. Nada nos condiciona absolutamente, continuamente pensamos nuevas posibilidades, imaginamos plurales caminos para alcanzar otras metas y rectificar errores, nos hacemos sin fin. Convertimos nuestra pobreza en riqueza. El ojo de la mente ve más allá del ojo sensorial; estamos en el cosmos pero lo transcendemos.

Siendo el hombre el primero y único en su género, dice San Agustín, que se encontró instalado en el mundo tuvo necesariamente que implicarse a un nivel básico con esfuerzos titánicos para sobrevivir. Esta primordial *determinatio* o experiencia universal básica tiene su raíz en algo tan elemental como el vivir; la existencia le obliga a contar con la facticidad de las cosas y con el Otro, ha de estar alerta, salir al paso y actuar. Todo es posible camino pero no hay reposo. La pre-reflexión ante el mundo se impone, es anterior al juicio. Los factores primarios de experiencia le suministran planes, deseos, esquemas, tiene que elegir, pero toda selección conlleva equivocación y riesgo; está en un mundo que tiene que conquistar por la acción imaginativa. El hombre es desde el principio e inevitablemente, como sugiere Pico, *homo faber, tool-maker, creador*; se expresa a sí mismo en creatividad y se construye a su imagen y semejanza en cultura. Soluciona, desde la cultura, los problemas causados por el deficiente equipo biológico con el que está dotado.

El lenguaje, las costumbres, las normas, los instrumentos y técnicas, todas las asociaciones e instituciones como la familia, el matrimonio y el estado, la sociedad en una palabra, es producto de la actividad creadora humana; la ética, los valores morales, los ritos, mitos y creencias religiosas, la ciencia y las construcciones metafísicas son cristalizaciones y solidificaciones de la actividad innovadora humana, todo son manifestaciones de la vida comunitaria emotiva, pasional y artística, todo son objetivaciones del espíritu explorador y planificador. Vivir es actuar, verse en el mundo, exteriorizarse a través de actividad mental y física, exteriorizaciones empíricas que sometemos a interpretación hermenéutica en sus metamorfosis porque nos dicen cómo y qué es ser Hombre. Ya sé que todo lo que estoy diciendo es elemental y relativamente sencillo, de manual.

La creatividad científica reciente no sufre paralelo en la historia humana. La ciencia se fundamenta en hechos y teorías que se presentan de distinta manera; los primeros se descubren por observación y experimento, las teorías son creaciones libres mentales con fundamento *in re* que describen nuestro modo de entender la naturaleza, son, dicho de otra manera, instrumentos de los que nos servimos para interpretar el mundo y las cosas, visiones humanizadoras muy útiles —aunque no sean necesariamente verdaderas— con las que estructuramos el mundo en virtud de y para nuestras necesidades. En realidad recogemos lo que hemos sembrado.

El vivir en la prisión de nuestro cuerpo que nos recuerda la fragilidad de nuestra naturaleza y su tiranía ha provocado milenarias respuestas experimentales y científicas. La cortisona, los trasplantes, la cardiología, el microscopio electrónico, scanners, resonancias magnéticas, rayos laser etc. han revolucionado las posibilidades de diagnosis en un salto sin precedentes que además no conoce límites. Lo mismo ha sucedido con la genética, la biología molecular y la química intracelular del cerebro. Una docena de Premios Nobel han sido otorgados a conocidos investigadores clínicos.

Pero hay otro lado científico que focaliza los males del espíritu que esta vez provienen, en buena parte, de la “humillación primordial” —Camus—, esto es, de la finitud radical de nuestra existencia, de la existencia del Mal, con mayúscula, del *summum malum*, del hombre como su agente —lo vio Pico, palabras en latín— y del absurdo de la muerte que han provocado también abundantes respuestas metafísicas, religiosas y artísticas, esquemas interpretativos, algunos de excepcional profundidad y belleza. Las pocas tragedias que han quedado de Sófocles bastan, por ejemplo, para comprobar que los griegos conocían del corazón humano tanto como nosotros hoy. La religión, el mito, la leyenda etiológica, la creencia, el ritual y otras manifestaciones del espíritu son respuestas que prueban el esfuerzo lógico-pragmático por identificar principios explicativos subyacentes y el fervor por la verdad; penetran por debajo de la superficie de las cosas y responden a los mismos perennes problemas y omnipresentes preguntas con su fuerza intrínseca emotiva; tienen la fuerza preliminar del pre-juicio gadameriano. No son en modo alguno vanas elucubraciones.

La primera versión escrita de los *Nibelungenlid*, el mito nórdico de los nibelungos, aparece en torno a 1200; no es la forma original o *ur*-texto pero en complejidad y extensión englobadora supera —para muchos— a Edipo, Antígona y Electra. Es un gran mito que simbólicamente narra la dignidad, felicidad y tragedia del ser humano. Héroes invencibles, valientes caballeros, bellas damas en su esplendor, heroicidad y lealtad va a la par con misterio, dragones, desgracias, violentas pasiones, asesinatos, terrorismo, venganza, guerra y muerte —la doble visión de Pico—. La belleza, el honor, el sufrimiento y la sabiduría, postulados simbólicos sobre realidades primarias, sobre el mundo

y lo humano, sobre el Mal y la transcendencia configuran un sorprendente y profundo armazón mítico en el que se espeja el hombre actual, o mejor, el hombre de todos los tiempos. Somos lo que fuimos y fuimos lo que seremos. Pero otra vez la mitopoética que tanto revela del *quantum* de nuestro espíritu y que tan certeramente narra la complejidad del corazón humano con perlas que la ciencia no puede dar, frena la racionalidad y sombrea lo razonable al llevarnos por otro camino. Camino ilógico, incongruente a veces, incierto pero con flores a su vera.

II

El mundo es nuestro, esto es, nuestra creación mental, lo organizamos conceptualmente a nuestra manera y a nuestra imagen y semejanza y es producto de la afirmación humana, lleva el sello de lo humano. Es un *mundus signatus*, signado, o sea, una estructura sígnica, significante y significadora sin fin pero en la que todo apunta y dirige a cosas, situaciones, sucesos o personas que nos interesan y que se re-definen como conexiones, relaciones y fines nuestros y, no menos importante, como estilos de explicación para nosotros. Hay, sin duda y como advierte Pico, en la naturaleza y en nuestro propio cuerpo una cierta dirección hacia, un decir de las cosas en relación a los humanos, un eco que tenemos que escuchar. No nos podemos abstraer del mundo en que contingentemente vivimos, tenemos que ajustarnos a un mundo que nos precede y que seguirá siendo por siglos sin tener en cuenta nuestros problemas; al aplicarle nuestras categorías tenemos que tener en cuenta ese mundo anterior y posterior.

En realidad no sabemos —a lo Kant— cómo es ese mundo, pero lo organizamos, re-describimos y orientamos siguiendo la coerción de nuestras prácticas diarias loco-tempo sensibles, lo marcamos con nuestros deseos e intereses, pasajeros unos y más estables otros, moldeándolo en consonancia con nuestros usos, actividades, enfoques y perspectivas dentro, desde luego, de las limitaciones direccionales mencionadas. La realidad es no solo misteriosa sino inefable porque nuestras categorías interpretativas y nuestro discurso mental son humanos, relativos aquéllas y éste a las predisposiciones, preocupaciones y proclividad humanas. La realidad supera a nuestra naturaleza cognitiva y por tanto no es “discursable”², mentalizable en ultimidad, porque la explicación hermenéutica no es independiente de nuestros pre-juicios, cálculos, asuntos, discursos, conflictos y fines, al contrario, los trasvasamos al mundo que creamos.

² Tomo el concepto de D.E. Cooper en su libro seminal *The Measure of things*, OUP 2002.

Nuestro mundo, el que conocemos es el que permiten ver los cuadros mentales que hemos creado, lo que realizamos por los conceptos que imponemos, el mundo que refleja nuestras práctica y hábitos, valores y formas de vida porque no podemos dejar de ser lo que somos en donde y cuando somos. Cada período o época viene caracterizado por desvelos, inquietudes, atenciones y preferencias salientes —autonomía del sujeto, conciencia ética, derechos humanos, el paro, apertura al Otro, emigración, bonanza económica, globalización, contaminación etc.— que nos dice objetivamente y en espejo qué somos, qué pretendemos, cómo queremos vivir; cada período deja su marchamo cultural en cuanto a problemas ideológicos —morales, religiosos, políticos, artísticos, filosóficos etc.— variaciones humanísticas que acumulan vivencias, saberes y experiencias variadas, sucesivos modos de decir que acuñan humanismos y configuran comunidades de sentido, lo que a su vez fuerza a inaugurar nuevas y frescas categorías y perspectivas novedosas para aproximarnos a esa innovación y captar tanto lo naciente como lo ya ido. Y esto sin olvidar que sin un concepto de transcendencia —estructura conceptual en rebaja hoy— difícilmente podremos acercarnos a momentos cumbres religiosos de ayer, y desde luego y siempre sin menospreciar rancios conceptos de poder, de persona, de nación, de creencia etc. con los que mejor podemos discriminar la especificidad de esos conceptos hoy. Cada humanización sucesiva es una creación del espíritu, un ajustarse a existencias humanas en parte similares pero con aportaciones diacríticas diferentes, una exhibición de momentos humanos, de esencias y formas humanas sucesivas que manifiestan la versatilidad y grandeza de lo humano, la autonomía del espíritu.

Y aquí nos movemos ya en un dominio inmensamente complejo porque nos supera. El ímpetu creativo nunca cesa antes crece ante cada nueva innovación, lo exige su dinámica. Nuestra naturaleza y la bioquímica del cerebro nos convocan a crear más allá de nuestros poderes mentales porque los humanos necesitamos imaginar, categorizar, inferir, crear, valorar, hacer metafísica y epistemología en un laberinto de ambigüedad, equívocos, analogías y metáforas, antinomias y fértiles tropos, repito, porque este es el modo de enfrentarnos a realidades ocultas, verdades sospechadas, dilemas insondables y aporías impenetrables y porque a pesar de todo nos vemos impulsados a dar algún sentido a nuestra vida; porque la estructura cerebral nos apremia a decir lo inefable, a conceptualizar más allá de nuestros poderes de comprensión e idear universos culturales irreales, vagos, imprecisos e indeterminados, forzando los límites de la humana comprensión. La aventura de la ciencia pura actual cada vez más incomprensible nos inquieta: el modo cómo hemos evolucionado cognitivamente como especie no nos ha preparado para percibir, por ejemplo, el espacio y el tiempo geológicos medidos en billones de años; el sentido común no nos sirve. La música que no conoce ni el bien ni el mal y la pintura que puede ir más allá de la verdad y de la falsedad parecen apuntarlo desde otra ladera. No tenemos capacidad para responder a ecos de verdades que entrevemos pero que no alcanzamos porque nos superan.

La dimensión trascendental es un hecho en la humana naturaleza: creamos en exceso, queremos perpetuarnos aunque de diferente modo y manera, pero ¿qué pasará con las magníficas creaciones humanas —mitos y tragedias, pinturas e ideaciones literarias cumbre, música sublime, filosofía excepcional y belleza sin par en una palabra?, esto es, ¿qué sobrevivirá cuando haya desaparecido el último vestigio humano?, ¿habrá sido aniquilado todo antes por la probada capacidad exterminadora humana que recela el florentino?. Hablamos de cosas muy serias en Antropología.

Por el momento seguimos siendo humanos en ambos sentidos, humanando —y deshumanizando también— el mundo porque irresistiblemente somos los arquitectos del futuro. La Historia no ha terminado, la Humanidad siempre recomienza; el infinito, misterioso e inexplicable hontanar de significado que es el Hombre y con el que el Hombre completa al cosmos no tiene fin. Este significado, sentido y valor con el que nosotros los humanos hemos re-creado el cosmos al dotarlo de algo que antes no tenía es nuestra tabla de salvación en el camino de la vida. Es lo que hacemos y somos.